



S. GREGORIO NACIANZENO, O.

ridad, los que están conceptuados por hombres sabios y de buen proceder, siempre que escandalizan. Para evitar de aquí en adelante un pecado que pierde tantas almas, aprovechate de las advertencias siguientes. Primera: Guardar siempre la mayor reserva delante de tus hijos, criados y familia, sin que jamás se te escape palabra, acción, movimiento ó gesto que les pueda dar mal ejemplo. Segunda: No permitas en tu casa pinturas menos decentes, ni libros sospechosos, ya sea en orden á la doctrina, ya en orden á las costumbres. Tercera: Nunca apruebes las máximas del mundo, ni aquello que algun dia has de condenar. Cuarta: Cuanto mayor fuere tu autoridad, mayor ha de ser el respeto y la modestia con que te has de dejar ver en los templos; porque la menor irreverencia en personas de tu esfera, es un escándalo que trae funestas consecuencias. Quinta: Frecuenta los sacramentos en público, especialmente en las fiestas principales, porque debes dar este buen ejemplo; no te contentes con esas comuniones privadas en tu oratorio, porque no solo tienes obligacion de ser cristiano, sino de parecerlo.

DIA NUEVE.

SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO.

San Gregorio, por sobrenombre *el Teólogo*, una de las mas brillantes lumbreras de la iglesia griega, fue hijo de un padre y de una madre santos, hermano de santa Gorgonia y de san Cesáreo, y nació en Arianzo, pueblo pequeño en el territorio de Nazianzo, en la provincia de Capadocia. Su padre, que tambien se llamaba Gregorio, habia sido gentil; pero la vir-

tud, las lágrimas y las exhortaciones de su mujer santa Nona le convirtieron á la fe de Cristo tan de veras, que, habiendo sido bautizado por san Leoncio, obispo de Cesárea, mereció con el tiempo ser elevado á la dignidad episcopal, y despues de su muerte ser contado en el número de los santos.

El niño Gregorio fué fruto de las oraciones de santa Nona, que no pedía á Dios un hijo sino para consagrarle á los altares; así le recibió como un presente que le hacía el cielo, para ser mera depositaria de él. Fué correspondiente á esta idea la educacion que le dió. Parecía haber nacido Gregorio solamente para la virtud: todos los entretenimientos de su niñez se reducian á ejercicios de devocion; su mayor diversion era retirarse á orar; y el tierno amor que casi desde la cuna profesó á la santísima Virgen, podia parecer presagio del que por toda su vida conservó á la virginidad y á la pureza.

El mismo refiere que siendo niño se le representaron en sueños dos hermosísimas y modestísimas doncellas, y le dijeron que se llamaban la *Castidad* y la *Templanza*; que continuamente asistian al trono de Jesucristo, y eran el principal ornamento de todos los que componian su corte; y diciendo esto, desaparecieron. Despertó Gregorio, y desde entonces quedó tan enamorado de la castidad, que jamás admitió cosa que pudiese manchar ni aun levemente esta preciosa virtud.

Al paso que se le iba desarrollando la razon, iba tambien creciendo en la piedad; y los ejemplos domésticos, sobre todo despues de la conversion de su padre, hicieron tanta impresion en él, que en nada encontraba gusto sino en la oracion y en la leccion de libros espirituales.

Advirtiéndole sus padres la vivacidad y la extraordinaria penetracion de su ingenio, con una admi-

rable disposicion para el estudio de las letras humanas, le enviaron á estudiar primero á Cesárea de Capadocia, y despues á Palestina; en todas partes sobresalió por la superioridad de su talento y su singular virtud.

Era entonces muy célebre la universidad de Atenas, donde florecian todas las artes y ciencias. Pasó á ella nuestro Gregorio, padeciendo en la navegacion una furiosa tempestad, que le hizo mirar ya con grande tedio aquella gloria poco sólida, y aquella brillante fortuna que podia prometerse de su rara elocuencia y de su grande sabiduria. Concurrió al mismo tiempo á aquella famosa escuela san Basilio; y desde entonces contrajeron los dos santos una estrecha amistad que conservaron toda la vida. Distinguiéronse ambos entre todos por su ingenio y por el arreglo de sus costumbres, que se hacia reparar mas en medio de la disolucion que reinaba en la ciudad. Hallábase á la sazón estudiando en la misma universidad Juliano Apóstata, primo del emperador Constancio, y movido de lo mucho que oía hablar de los santos, tuvo con ellos algunas conversaciones. Solicitó la amistad de entrambos; pero no pudo engañar su religion ni su penetracion: por mas que procuró disimular las perniciosas máximas en que ya estaba imbuido, descubrió san Gregorio el desorden de aquel corazon y de aquel entendimiento por la descompostura de sus acciones; y al despedirse de él en cierto día, exclamó: ¡*Qué monstruo abriga en su seno el imperio romano!*

Habiéndose retirado de Atenas san Basilio, no pudo Gregorio detenerse allí largo tiempo: al cabo de un año se retiró tambien, á pesar de las instancias que hicieron para detenerle los que tanto le amaban y estimaban. Llegando á Nazianzo, recibió el bautismo de mano de su padre, que ya era obispo

de aquella ciudad. Sintióse alumbrado con el sacramento de una nueva luz, á cuyo favor distinguió la falsa brillantez del mundo de la verdadera y sólida gloria que solo se halla en la virtud, y resolvió trabajar únicamente para ganar el cielo.

« Todo lo di, dice el santo, á aquel de quien todo » lo recibí, y me ha recibido á mí; consagréle mis » bienes, mi salud y el talento para predicar que se » sirvió concederme. La única utilidad que he pre- » tendido sacar de estos beneficios, es poderle hacer » un eterno sacrificio de ellos, y tener algo con que » acreditar que para mí todo es nada respecto de » Jesucristo, quien de aquí en adelante me servirá de » todo. »

Al disgusto del mundo se siguió el deseo de la soledad; y el ejemplo de su grande amigo san Basilio, que ya se habia retirado al Ponto, le hubiera desde luego atraído allí, á no haberle detenido en Nazianzo la mucha ancianidad de sus padres. Pero el ruido y el tumulto de los cuidados domésticos le obligaron presto á arrepentirse de su condescendencia; y acusándose á sí mismo de haber dado demasiadamente oídos á las voces de la carne y sangre, rompió los lazos que le detenian, y se escapó al desierto del Ponto, donde se reunió con su amigo, que ya se habia establecido en la soledad que debia serles comun.

Ningun anacoreta los excedió en la velocidad con que corrian por el camino de la perfeccion; su fervor no reconocia limites; la penitencia de entrambos llegó á ser excesiva. Al rigor de los ayunos, de los cilicios, de los rалlos, de los sacos ó capotillos de cerda, y de otras cien invenciones para macerar la carne, tardaron poco en convertirse de dos hombres en dos esqueletos. A las vigiliás, á la oracion y al estudio de la sagrada Escritura se seguia inmedia-

tamente el trabajo corporal, y al trabajo corporal volvía á seguirse la oracion. Fomentábase la virtud de los dos con sus reciprocos ejemplos, cuando un accidente imprevisto turbó el dulce reposo de su retiro.

Engañado el santo viejo obispo de Nazianzo por la artificiosa sagacidad de los arrianos, firmó, como lo hicieron otros prelados, el capcioso formulario de Rimini, que en términos equívocos contenia un puro arrianismo. Noticiosos de esto los monjes de Nazianzo, no quisieron comunicar con su obispo, y todos los católicos siguieron el ejemplo de los monjes. En medio del grande amor que nuestro Gregorio tenia á la soledad, apenas llegó á su noticia esta division, cuando voló á remediarla. Descubrió luego al buen viejo el lazo que le habian armado los herejes, y volviendo á unir al pastor con las ovejas, tuvo el consuelo de verle abjurar un error en que habia caído puramente por engaño.

Aprovechóse su padre de la detencion que en esta ocasion hizo Gregorio en Nazianzo; y considerando el gran bien que se seguiria á la Iglesia si un sugeto de aquel mérito y de aquella virtud fuese elevado á la dignidad del sacerdocio, resolvió conferirle los sagrados órdenes. Sobresaltóse el santo al oír esta proposicion, estremeciéndole la consideracion de un estado tan sublime; pero hubo de rendirse en vista de una vocacion tan manifiesta. Ordenóse de presbítero el día 6 de enero del año de 362; aumentóse su fervor con el nuevo carácter, y dominándole siempre el amor á la soledad, volvió á huir secretamente al Ponto, y fué en derechura á buscar á su amado Basilio. Pero duró poco este segundo retiro; porque la extremada ancianidad de su padre que pasaba ya de 90 años, las necesidades de la iglesia de Nazianzo que clamaba por él, y los consejos de su santo amigo

Basilio, le obligaron á restituirse á la ciudad despues de dos meses y medio de ausencia. Dióse á conocer á los fieles el dia de Pascua por el primer sermón que predicó en ella; y como apenas habrá habido predicador mas poderoso en obras y en palabras que nuestro santo, predicó con tanta energia, con tanta mocion y con tanto fruto, que desde entonces fué reconocido y apellidado el apóstol de Nazianzo.

No se limitó su zelo á la predicacion. Perseguia ya entonces furiosamente Juliano Apóstata á la Iglesia, y habia prohibido á los cristianos que enseñasen las letras humanas, para impedir por este medio á la juventud de estudiarlas, ó preciarla á aprenderlas de maestros gentiles. Pero Gregorio supo burlar este artificio, componiendo un gran número de poesias piadosas, que indemnizaron ventajosamente á los cristianos de la pérdida de sus escuelas.

Por este tiempo, hallándose ya san Basilio arzobispo de Cesárea, y conociendo mejor que otro alguno el extraordinario mérito de nuestro santo, resolvió elevarle á la dignidad episcopal á pesar de su invencible repugnancia. Fué consagrado en Cesárea por el mismo san Basilio el año de 372, destinándole para la iglesia de Sasimo, pero nunca tomó posesion de ella; y como el obispo de Nazianzo no pudiese ya atender á las funciones de su ministerio por su grande ancianidad, pidió á Gregorio para que cuidase de su iglesia. Hizolo con aquella actividad que se debia esperar de su zelo, logrando por fruto de él la reformation general de las costumbres; tanto, que en menos de seis meses mudó de semblante toda la ciudad.

Habiendo muerto su padre y su madre santa Nona, cuya oracion fúnebre predicó el mismo Gregorio en presencia de san Basilio y de todo el clero, se le volvieron á renovar las ansias por su amada soledad:

pero no pudiendo negarse á las necesidades de aquella afligida iglesia, tomó á su cargo el cuidado de ella, no como obispo titular, sino como vicario y forastero, protestando él mismo que no se encargaba del rebaño sino esperando al pastor legitimo. Con efecto, como viese que los obispos de la provincia se daban poca priesa á prover de prelado aquella iglesia, desapareció de repente, y se retiró á Seleucia en Isauria, donde se encerró en el monasterio de santa Tecla, y vivió seis años en él desconocido, ocupándose únicamente en ejercicios de oracion y de penitencia.

Murió san Basilio el año de 379; y esta muerte le confirmó en la resolucion que habia tomado de no salir jamás de su retiro; pero pocos meses despues le arrancó de él la necesidad de socorrer á la iglesia de Constantinopla, tan desolada por los arrianos, que ya no tenian los católicos iglesia alguna en aquella corte imperial. Hallábase vacante aquella primera silla, y todos convenian en que solamente Gregorio era digno de ocuparla: la dificultad estaba en hallar modo para sacarle de su amada soledad, donde asi las calumnias como las persecuciones que habia padecido en otras partes, le hacian dulcísima aquella vida particular, santa y tranquila; pero supieron pintarle con tanta viveza el lamentable estado á que se hallaban reducidos los pobres católicos, y disimularle con tanto cuidado el ánimo que tenian de colocarle en aquella grande silla, que al cabo se determinó á hacer el doloroso sacrificio de su tranquilidad; y aunque agoviado con la vejez, consumido con la penitencia, y lleno de penosos achaques, pasó á Constantinopla.

« Era sin duda un espectáculo bien nuevo, dice » nuestro santo, ver á un hombre desconocido, de » malà figura, pequeño de cuerpo, calvo, arrugado,

» consumido con las lágrimas y con la penitencia,
 » sin equipaje, sin cortesania, sin apoyo, pobre y mal
 » vestido, venir él solo á declarar la guerra á la he-
 » reja en la capital del Oriente, donde reinaba con
 » insolencia y con seguridad, y donde se habia he-
 » cho fuerte por la union de todas las sectas. »

Apenas entró san Gregorio en Constantinopla, cuando todos los herejes se sobresaltaron. Armáronse contra él los arrianos, los novacianos, los macedonios, los apolinaristas y los eunominianos, jurando todos perderle. Valiéronse al principio de injurias, calumnias, sátiras denigrativas y malignas con que procuraron manchar su reputacion. Amotinaron al pueblo, especialmente á las mujeres y á las doncellas contra aquel hombre extranjero, persuadiéndolas que era un monstruo disimulado, estragador de las costumbres, mago y aun idólatra; citáronle ante los tribunales seculares, y no pocas veces en las mismas calles le perseguian á pedradas. Nuestro santo á todo esto no oponia mas que la paciencia, la modestia y la dulzura. Como los arrianos estaban en posesion de todas las iglesias de Constantinopla, Gregorio juntaba los católicos en la casa donde se hospedaba, la cual se llamó despues *Anastasia*, que quiere decir *resurreccion de la fe*, y fué con el tiempo una de las mas célebres iglesias de aquella corte imperial.

Al fin, su heróico sufrimiento y sus modales atentos, suaves y apacibles, fueron ablandando poco á poco los ánimos de los herejes. Concurrían á oírle hasta los mismos gentiles, al principio por curiosidad, y despues con tanta admiracion y gusto, que volvian á sus casas medio católicos. Por eso el célebre Rufino, hablando de nuestro santo, dice que no vió el mundo hombre mas elocuente, ni elocuencia mas noble, mas persuasiva ni mas enérgica que la suya;

habiéndose reconocido siempre su doctrina tan pura, que lo mismo era oponerse á ella, que hacerse sospechoso en la fe.

Al eco de lo que esparcia la fama concurrieron á Constantinopla para verle y tratarle muchas personas de distincion de diferentes provincias, siendo una de ellas san Jerónimo, que no quedó menos admirado de su eminente virtud y de su rara modestia, que de su elocuencia y profunda erudicion.

Entre tanto iba creciendo cada dia el número de los católicos; porque en las disputas, conversaciones y conferencias con los arrianos cada dia hacia nuevas conquistas. En vista de tantas maravillas resolvió el patriarca de Alejandria con los demás obispos colocar en la silla de Constantinopla á nuestro santo; lo que se ejecutó, á pesar de su repugnancia, con general aplauso del clero y de todo el pueblo. Fué extraordinario el júbilo en toda la ciudad; pero lo turbó presto la artificiosa ambicion del mas insigne embustero que acaso ha visto el mundo.

Cierto hombre, llamado Máximo, por sobrenombre el Cinico, habilísimo en el arte de fingir y de engañar, despues de haber vagueado por diferentes provincias, dejando en todas ellas muchas señales de sus delitos, por los cuales habia sido castigado, vino finalmente á hacerse discípulo de nuestro santo, y en poco tiempo supo ganar su estimacion y confianza con sus artificios y con su refinada simulacion. Este mal hombre forjó el proyecto de suplantar á Gregorio; y habiendo tenido arte para conseguir una grande suma de dinero que le prestaron, subornó con él á muchos de los mismos que al principio habian mostrado mas inclinacion y mas zelo por nuestro santo. Logró corromper hasta al mismo patriarca de Alejandria, el cual, con una cabala de obispos de Egipto ya conjurados, aprovechó la coyuntura de una en-

fermedad de Gregorio para ordenar furtivamente á Máximo. Amotinóse toda la ciudad al ruido de este atentado; y Gregorio, penetrado de un vivo dolor, y previendo lo que podia suceder, resolvió á los principios retirarse, por no ser ocasion de nuevas turbaciones á una iglesia que tan felizmente habia restituido á su antiguo esplendor y tranquilidad. Subió al púlpito en medio de su indisposicion para despedirse de su pueblo; pero este levantó hasta el cielo un clamoroso alarido, pidiéndole con ruegos y con lágrimas que no le desamparase, y como no quisiese consentir facilmente, le pusieron guardas de vista.

Arrojado de Constantinopla, como merecia, el embustero cinico, y cargado con la maldicion de todos, tuvo no obstante el descaro de irse á echar á los piés del emperador Teodosio, acompañándole aquel puñado de obispos egipcios que le habian ordenado. Hallábase el emperador en Tesalónica; pidióle Máximo su proteccion contra Gregorio; pero el religioso príncipe no se dignó ni aun escucharle; y vuelto á Constantinopla, no reconoció á otro por legítimo pastor que á nuestro santo, honrándole con todas las muestras de su estimacion y de su benevolencia. Púsole en posesion de todas las iglesias que habian ocupado los arrianos; mandó se le restituyesen las rentas que habian usurpado estos herejes, y le hizo dueño del palacio episcopal. Instaron al santo para que hiciese pesquisas á fin de descubrir los bienes que le habian ocultado, pero no fué posible vencerle: desinterés generoso que cerró la boca á sus émulos, y edificó á toda la Iglesia. Pero ni esta moderacion fué bastante para que mas de una vez no conspirasen contra su vida; mas su presencia desarmó á los asesinos, y no solamente los perdonó, sino que los convirtió, siendo esta la única venganza que tomó de ellos.

No se dió por vencido el partido de Máximo; y como no cesase de inquietar y de perturbar á la Iglesia, consintió el emperador en que se convocase en Constantinopla un concilio, que fué el segundo general, compuesto de 150 obispos. Confirmóse en él la fe del concilio Niceno; Máximo fué declarado intruso, y el concilio y el emperador reconocieron solemnemente á Gregorio por obispo de Constantinopla; en virtud de esto fué segunda vez colocado en su silla con la mayor aclamacion del pueblo, por san Melecio de Antioquia, presidente del concilio. Por mas que el santo expuso mil razones, valiéndose de ruegos y de lágrimas para que le exonerasen de aquella pesada carga, no fué oido; porque se atendió mas á las necesidades de aquella iglesia y á los clamores de los buenos, que á su extrema repugnancia.

Muerto poco tiempo despues san Melecio, quedó Gregorio por presidente del concilio. Esta nueva preeminencia, que no se le podia disputar, renovó la emulacion de muchos prelados, los cuales afectando ignorar que san Gregorio no habia tomado posesion del obispado de Sasimo, y que solo habia cuidado del de Nazianzo como gobernador, y no como obispo titular, se quejaron de que se le hubiese hecho patriarca de Constantinopla contra la disposicion de los cánones, puesto que ya era obispo de otra iglesia. Era fácil probar lo contrario; pero como el santo únicamente suspiraba por el retiro, siendo enemigo de todas las grandezas, tomó ocasion de estas contestaciones para pedir se le permitiese hacer dimision de la suya. Entró, pues, en el concilio, y declaró el ansia con que deseaba contribuir á la paz, y que pues su eleccion parece que la turbaba, estaba pronto como otro Jonás á que le arrojasen al mar para sosegar la tempestad, aunque no la habia excitado. Quedaron atónitos todos los obispos al oír una pro-

posicion tan inesperada; pero el santo habló en favor de su dimision con tanta elocuencia, y supo persuadir tan eficazmente, que al fin consiguió lo que pretendia. Gozosísimo de verse exonerado de tan pesada carga, salió de la sesion, y antes de dar tiempo á que los obispos se arrepintiesen, se fué derecho al palacio del emperador, y exponiéndole su avanzada edad y sus achaques, le suplicó que se dignase no oponerse á su retiro. No fué fácil mover al emperador á dar su consentimiento; pero al fin le dió únicamente en atencion á sus achaques. No perdió tiempo Gregorio; despidióse del concilio por un admirable discurso que pronunció en la catedral en presencia de los padres, los cuales, arrepentidos ya de su consentimiento, pensaban en retractarse; pero el santo los previno, y sin detenerse salió de Constantinopla, y se retiró á Capadocia.

Estando en Nazianzo, publicó su testamento, que habia ordenado en Constantinopla antes de hacer la dimision; era su fecha del dia último de diciembre del año de 381, y estaba firmado por siete obispos; siendo este el documento mas antiguo, ó á lo menos el mas auténtico de esta especie que nos dejó la antigüedad. El principal legado es en favor de los pobres de Nazianzo, á quienes deja por sus herederos, y nombra á uno de sus diáconos, llamado Gregorio, su ejecutor testamentario. Suplica á sus sobrinos y á los demás parientes suyos no lleven a mal que deje sus bienes á los pobres; *porque un eclesiástico, dice, no debe tener otros herederos.*

Ni en su fervor ni en su zelo se reconoció jamás la fuerza de sus continuos achaques. En la corta mansion que hizo en Nazianzo, purgó la ciudad de los errores de los apolinaristas; y habiéndosele aumentado sus dolencias, se trasladó á Arianzo, lugar de su nacimiento. En esta dulce soledad, retirado del ruido

de los negocios, y libre de las tempestades que por toda la vida le habian agitado, pensaba únicamente en perfeccionarse mas y mas, entregado totalmente á ejercicios de devocion y de rigurosa penitencia. Y aunque agoviado con la vejez, extenuado con los ayunos y consumido con los trabajos, permitió Dios, para su mayor purificacion, que al fin de su vida fuese ejercitado con violentas tentaciones, las cuales, al mismo tiempo que le humillaban y le hacian gemir continuamente, le obligaban á doblar la oracion y las penitencias.

No estuvo ocioso en su retiro de Arianzo. En él compuso aquel gran número de poesias cristianas, que publicó para oponerlas á las obras cultas, elocuentes y engañosas de que llenaban el mundo los herejes, logrando por este medio que los fieles arri-masen á un lado los libros perniciosos. Tambien escribió entonces en verso la historia de su vida, concluyéndola con un compendio de los principales sucesos de ella; y quiere que este epilogo le sirva de epitafio.

« ¿De dónde nace, Señor (exclama el santo), que
 » al paso que el vigor del cuerpo se va extinguiendo,
 » siento que se va avivando el fuego de las pasiones
 » y los estímulos de la carne? Mi vida se ha reducido
 » á una serie de tempestades, de contradicciones
 » y de combates; pero en todos me sostuvisteis vos
 » por vuestra gran misericordia. Logré por padre á
 » un hombre todo de Dios, y tuve por madre á una
 » mujer santa, que, mirándome como fruto de sus
 » oraciones, me ofreció y me consagró á vos desde
 » la cuna. Siendo niño me inspirásteis en un sueño
 » el amor á la castidad; y desde entonces no cesá-
 » teis de colmarme de favores. Hiceos sacrificio de
 » mis bienes, de mi honra, de mi salud y de mi vida.
 » Fui pastor sin ovejas, y no tuve poco que padecer

» aun de los mismos pastores. Esta ha sido la vida de
 » Gregorio. Dejo á Jesucristo el cuidado de lo futuro,
 » como lo ha tenido de lo pasado. Y concluye así:
 » *Exprimat ista lapis*: Grábase esto por epitafio sobre
 » la piedra de mi sepultura. »

Comenzaba Gregorio á gustar las delicias de la soledad, cuando quiso el Señor coronar su perseverancia, y premiar sus trabajos. Acabó dichosamente sus dias siendo de edad de casi 80 años, que vivió en la inocencia, en el sufrimiento, en la piedad y en ejercicios de rigurosa penitencia. Los milagros que hizo en vida, y los que continuó el Señor en su sepultura despues de muerto, hicieron célebre su culto en todo el Oriente. Fué enterrado en Nazianzo, pero despues fué trasladado su cuerpo á Constantinopla en tiempo del emperador Porfirogenetes, y colocado con gran solemnidad en la iglesia de los doce Apóstoles. En la decadencia del imperio griego fué conducido el santo cuerpo á Roma, donde estuvo en la iglesia de las religiosas griegas hasta el año de 1580, en que el papa Gregorio XIII trasladó por sí mismo sus reliquias, con gran pompa y solemnidad, á la magnífica capilla que en honra del santo habia hecho edificar á sus expensas.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Nazianzo, san Gregorio obispo, llamado el Teólogo á causa de su profundo conocimiento de las cosas divinas; restableció en Constantinopla la fe católica que estaba casi enteramente destruida, y sofocó las herejias naciescentes.

En Roma, san Hermes, de quien habla san Pablo en la carta á los Romanos, el cual, sacrificándose á sí mismo, y haciéndose una hostia agradable á Dios, entró en el reino de los cielos resplandeciente con la gloria de sus virtudes.

En Persia, trescientos y diez bienaventurados mártires.

En Cagli, sobre la via Flaminia, san Geroncio, obispo de Cervia.

En Vandoma, san Beato confesor.

En Constantinopla, la traslacion de los cuerpos de san Andrés apóstol, y de san Lucas evangelista, traídos de Acaya, y de san Timoteo discipulo del apóstol san Pablo, traído de Efeso. Mucho tiempo despues, el cuerpo de san Andrés fué trasladado á Amalfi, en donde es honrado con la concurrencia y piedad de los fieles. De su sepulcro mana continuamente un licor milagroso que cura las enfermedades.

En Roma tambien, la traslacion del cuerpo de san Jerónimo, presbitero y doctor de la Iglesia, traído de Belen de Judá á la iglesia de santa Maria la Mayor.

En Bari, la traslacion de san Nicolás obispo, cuyo cuerpo fué traído de Mira, ciudad de Lidia.

La misa es en honra del santo, y la oracion la que sigue.

Deus, qui populo tuo
 aeternæ salutis beatum Gre-
 gorium ministrum tribuisti;
 præsta, quæsumus, ut quem
 doctorem vitæ habuimus in
 terris, intercessorem habere
 mereamur in cælis. Per Do-
 minum nostrum...

O Dios, que concediste á tu
 pueblo por ministro de su eter-
 na salvacion al bienaventurado
 Gregorio, haz que merezcamos
 tener por intercesor en el cielo
 al que logramos por maestro
 nuestro en la tierra. Por nues-
 tro Señor...

*La epistola es de la segunda del apóstol san Pablo
 á Timoteo, cap. 4.*

Charissime: Testificor coram
 Deo et Jesu Christo, qui judi-
 caturus est vivos et mortuos,

Carísimo: Te conjuro delante
 de Dios y de Jesucristo, que
 ha de juzgar á los vivos y á los